

# LA IDOLATRIA REPUBLICANA

Por MIGUEL DE UNAMUNO



(Para LA NACION)

Salamanca, mayo de 1922.

Al final de su "Hombre y sobre-hombre" (Man and Superman), a que llama "comedia y filosofía", insertó Bernard Shaw unas "máximas para revolucionarios". En estas máximas hay una sección titulada "Idolatría", que nos conviene reproducir. Dice así: "El arte del gobierno es la organización de la idolatría. La burocracia consta de funcionarios; la aristocracia, de ídolos; la democracia, de ídólatras. El populacho no puede entender la burocracia; sólo puede adorar los ídolos nacionales. El salvaje se doblega ante ídolos de madera y piedra; el civilizado ante ídolos de carne y sangre. Una monarquía limitada es una invención para combinar la inercia de un ídolo de palo con la credibilidad de uno de carne y sangre. Cuando el ídolo de palo no responde al ruego del aldeano, éste le pega; cuando el de carne y sangre no satisface al civilizado, éste le corta la cabeza. El que mata a un rey y el que muere por él son igualmente ídólatras".

Recordábamos estas máximas para revolucionarios del gran humorista irlandés—que es socialista—al darnos cuenta en estos días, por merced de un cierto paso nuestro, de toda la extensión y profundidad de la idolatría monárquica de nuestros supuestos y sedicentes republicanos españoles. El republicano español es un fetichista de la monarquía y sobre todo de la persona del rey. Es algo así como los demócratas de esas Repúblicas hispano-americanas que se perecen por las cruces y los cintajos y las excelencias aristocráticas y los títulos.

Nadie tiene aquí más alta idea del monarca que los que se llaman republicanos. Su máxima de que se debe huir de él, darle en todo caso la espalda, no acudir a una cita si a ella le llama alguien, obedece a que se figuran que no es posible ponerse al habla con él sin caer, inmediatamente, bajo la seducción de sus dotes regias. Las que ellos se figuran.

"¿Va a ver al párroco?"—me decía un librepensador profesional hablándome de otro librepensador—"¿va a ver al párroco? ¡Conversión al canto!" Y le repliqué: "¿Pero tan alta idea tiene usted del párroco, o tan baja de las convicciones de su compañero, que no comprenda el que pueda ir a departir con el párroco sin convertirse al punto a la fe de éste?" Y me contestó: "¡Hum! ¡hum! Esos curas... Esos curas tienen unas artes..." Y por ello me convencí de que el pobre librepensador creía en agüeros y hechicerías, es decir, que no era capaz de pensar libremente. Y así nuestros republicanos. No conciben que uno le dé la mano al rey o reciba de él un cigarrillo, si fuma sin convertirse al punto en ferviente monárquico. Y es que son ídólatras.

Hubo aquí un ilustre hombre público, republicano él, que no bautizó a sus hijos y los crió fuera del gremio de la Iglesia Católica Apostólica Romana, en que él se había criado. Y a uno de esos hijos sus amigos,

que no su padre, le inspiraron tal horror a la Iglesia y a sus prácticas que no quería entrar en ningún templo. Hasta que el padre lo supo, le tomó un día de la mano y le metió en un templo diciéndole: "Es menester que lo veas y hasta que asistas a una misa para que sepas lo que es ésta, y sobre todo para que te convenzas de que los santos de palo no se comen a los niños como tú". El

buen padre no quería que su hijo siguiera siendo ídólatra. Que idolatría es huir de los ídolos.

Sin duda que muchos creemos que el figurarse uno que comete un gravísimo pecado mortal, ni aun venial, comiendo carne y pescado en una misma comida en Viernes Santo, es superstición, pero no menos supersticioso nos parece el celebrar en dicho día un banquete de promiscuación y comerse de un solo bocado un cachito de sardina y otro de jamón. Superstición esto como lo otro y aun mayor.

Todo esto nos sugiere el hecho de

que muchos de nuestros supersticiosos republicanos españoles se escandalizaron cuando el que esto escribe acudió a una cita que le hizo el monarca, y acudió a ella a sostener cuanto venía sosteniendo y a ratificarse en ello. Y en especial a hacer constar que ni agradecía ni podía agradecer un insulto humillante, ya que está seguro de que se le condenó injustamente y nada más que para insultarle. Y salió de la entrevista como había entrado a ella. ¡Aunque no! Salló más convencido aun de la injusticia con que se le había condenado, pues que no oyó ni disculpa ni explicación alguna de ella.

"Es que hay actos—nos dice aquí uno de esos ídólatras—que llevan en sí una cierta significación, y uno de ellos es el entrar en un palacio real, que no se puede entrar a él sino a someterse." ¿Sí, eh? Pues ése es un

juicio idolátrico y de puro rendimiento a la liturgia. Y ahora, allá va el apólogo del rombo verde, que acabamos de inventar.

Erase éste un país devorado por la pestilente doctrina del "nadismo" y sobre todo por el valor que se les daba a emblemas, banderas, himnos, motes y otras fruslerías. El emblema de los "nadistas" era ponerse un rombo verde en la solapa de la chaqueta. Y una vez que le invitaron a un hombre, que no era ídólatra, a un acto en que había de combatirse al "nadismo", presentóse mi hombre con un rombo verde en la solapa de la chaqueta. Y tronó contra el "nadismo". Que es como ir a combatir al republicanismo tocado de un gorro frigio o la monarquía con una corona real en el sombrero. Y la gente se desconcertaba y unos decían que era contradicción y otros que era extra-

vagancia y otros que era hipocresía. Hasta que el hombre se volvió y les dijo: "No, no es eso, sino que me rebelo contra nuestros emblemas todos, sean rombos o cruces o estrellas o triángulos o medias lunas, y de cualquier color que sean, verdes, rojos, blancos, negros, grises... Y quiero que juzguéis a los hombres por lo que hagan y digan, y no por los emblemas ni por los motes".

He aquí algo que no pueden comprender estas pobres gentes que llaman hacer profesión de fe política el ir a matricularse en un partido, inscribirse en la lista que lleva el comité, contribuir a la cuestación y ponerse el emblema en la solapa de la chaqueta o en donde sea. Lo que no es matrícula no les merece confianza. "Voy a apuntarme para comunista; ¿dónde se hace eso?"—nos preguntaba una vez un pobre sujeto.

Y así resulta que todo este pobre republicanismo español es una cosa litúrgica e idolátrica. Y el que rompe la liturgia, o no hace caso de ella, claudica, y el que va a ver al párroco va a convertirse. Porque lo consecuente es aquello del personaje de López Silva, de aquel que, como era de Pi, le iba eructando a un cura por el cogote.

No, en España no hay aún verdaderos sentimientos republicanos, que si los hubiera ni habría esa idolatría monárquica en que los republicanos se distinguen ni nadie dudaría de que es posible mantenerse de pie frente al rey y decirle lo que públicamente se ha dicho antes.

Se ha dicho que nadie tiene menos respeto a los santos—a los de palo, se entiende—que los sacristanes, y cabría añadir que nadie tiene menos respeto a un rey que un cortesano. Y el hecho, comprobado por nuestra historia, es que no han solido ser los republicanos los que han destronado a los reyes. A doña Isabel II no la echaron del trono en 1868 los republicanos, sino los monárquicos. Y no serán nuestros actuales republicanos españoles, ídólatras de la monarquía los más de ellos, los que acaben con ésta. Su propia idolatría se lo impide. Le tienen un respeto supersticioso. No se sienten capaces de acercarse al ídolo y de echarle mano ni aun para sacarlo del altar y ponerle en el suelo.

¡Si tuviéramos que esperar remedio de esos ídólatras! Para ellos todo se cifra en mantener la liturgia negativa, la protesta inútil. Y hasta ofender la memoria de aquel gran ciudadano que fué Emilio Castelar, el que más hizo en España por educar los sentimientos republicanos. Pero Castelar no fué un ídólatra. Como no lo es hoy Melquíades Álvarez.

